

El lenguaje como gramática universal. El trazado de Foucault desde el momento de Sócrates, de Descartes hasta la desaparición del Hombre

THE LANGUAGE AS UNIVERSAL GRAMMAR: FOUCAULT'S TRACING FROM THE MOMENT OF
SOCRATES AND DESCARTES TO THE DISAPPEARANCE OF MAN

*María Cecilia Sánchez**

RESUMO

El artículo aborda la concepción representativa de la gramática universal asociada al “momento cartesiano” de un orden sintáctico. Bajo la noción representacional del lenguaje, Foucault intenta dar cuenta del modo en que el sujeto moderno cree en la ficción de un acceso directo a la verdad, cuya genealogía proviene del conócete a ti mismo socrático. En esta genealogía, el trazado filosófico entre sujeto, verdad y lenguaje comienza con Sócrates, se detiene en Descartes, hasta llegar al lenguaje de la dispersión, según define al momento en que la lingüística y el psicoanálisis comienzan a deshacerse del hombre y de su gramática universal.

PALAVRAS-CHAVE: lenguaje, representación, gramática, autoconocimiento, verdad.

ABSTRACT

The article addresses the representational conception of universal grammar associated with the “Cartesian moment” of a syntactic order. Within the framework of representational language, Foucault aims to explain how the modern subject believes in the illusion of a direct access to truth, a genealogy coming from Socratic “know yourself”. In this genealogy, the philosophical tracing among the subject, truth, and language begins with Socrates, pauses at Descartes, and culminates in the concept of dispersion - a term denoting the moment when linguistics and psychoanalysis commence the elimination of the concept of man and his universal grammar.

KEYWORDS: Language, Representation, Grammar, Self-Knowledge, Truth.

* Doctora en Filosofía por la Universidad París 8 y en Literatura por la Pontificia Universidad Católica de Chile (cotutela). Investigadora principal del proyecto ANID N°1200231: “Examen ético-político sobre la modernidad y el problema del Otro en América Latina”.

Académica de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano y profesora del Magister de Género y Cultura en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.

ceccisanchez0@gmail.com

Introducción

Para delimitar el examen acerca del pensamiento de Michel Foucault sobre el lenguaje y su participación en la producción de un sujeto moderno capaz de hablar con voluntad de verdad y universalidad, parto por señalar que el horizonte al que me referiré se relaciona con lo que en ocasiones denominó el “momento cartesiano” (FOUCAULT, 2002 a, p.36). En especial, me interesa delinear su estudio acerca de la concepción representativa del lenguaje. Se trata de un orden sintáctico universal, característico de la época moderna, según lo detalla en *Las palabras y las cosas* (1966) y en *La arqueología del saber* (1969). Asimismo, considero su conferencia *Qu'est-ce qu'un auteur?* (1969) y *El orden del discurso* (1971), dado que ambas contienen apreciaciones derivadas de los escritos arriba nombrados.

Antes de desplegar la concepción del lenguaje regida por una sintaxis ordenada, es conveniente reparar en la crítica que Foucault efectúa con respecto a la metafísica del yo trascendental. Como se sabe, esta crítica la desarrolla en el contexto de su concepción archivística del lenguaje y de la pregunta por las estructuras de poder que producen descripciones, narraciones o ficciones de las experiencias del individuo moderno. Es necesario establecer, a modo de hipótesis, que el individuo es moderno en la medida en que cree tener un acceso directo a la verdad en tanto que sujeto. Según Foucault, para que la historia de este acceso al conocimiento se entienda es necesario relacionar a Descartes con Sócrates. No se trata

de centrarse en los autores como tal, sino de la genealogía de las épocas y contextos de ambos autores. En el caso de Sócrates, tenemos el precepto delfico del “conócete a ti mismo”, desde el cual la cultura griega ingresa a la filosofía como un “preocúpate de ti mismo” o “inquietud de sí”, que Foucault lee en la *Apología de Sócrates* como una forma de vida utilizada por Sócrates para interpelar a sus acusadores a prestar más atención en ellos que en su reputación y honores (FOUCAULT, 2002, p.21). Se trataba de una cierta salud del alma para acceder al conocimiento. A juicio de Foucault, esta *inquietud* o forma de prestar atención a lo que se piensa atraviesa la filosofía griega, helenística y romana, incluido el ascetismo cristiano (p.27). ¿Qué pasa, entonces, con dicha *inquietud de sí* en el “momento cartesiano”? Según conjetura Foucault, el momento cartesiano abandona la espiritualidad de la inquietud de sí para que el sujeto se modifique y tenga acceso a la verdad o más bien al discurso verdadero. Para ello debe trabajar sobre sí y sobre el lenguaje. Tenemos, así, que el otrora ejercicio delfico del autoconocimiento exige en la modernidad una vigilancia estricta y un método para permitir la relación entre sujeto y verdad. En el caso de este artículo, la vigilancia se ejerce muy especialmente en la esfera del lenguaje, preparando de modo progresivo el advenimiento de un acercamiento absoluto entre ambos.

1. Construcción discursiva del yo

En el contexto de las primeras opciones reflexivas de Foucault que contienen los escritos mencionados, cabe destacar su demoledor ataque a la concepción trascendental del saber de las historias de las ideas. La modalidad de este tipo de historia se funda en la concepción del libro como imagen o representación del mundo. Asimismo, para comprender aquella incomodidad se debe resaltar su tajante distancia con respecto a la concepción del autor como un demiurgo o sujeto. En vez de la expresividad del autor individual, Foucault apuesta por un principio ético que rige a la escritura contemporánea, entendida como una operación que para ser tal debe transgredir las reglas que la regularizan. De acuerdo al planteamiento exhibido en *¿Qu'est-ce qu'un auteur?*, la escritura no alude ni es vehiculizada por un sujeto de lenguaje. Por el contrario, escribir es abrir un espacio en “donde el sujeto escribiente no deja de desaparecer” (FOUCAULT, 1969, p. 78).¹ De este modo, la escritura de Foucault se aleja de una de corte disciplinar, intentado eludir el control de los discursos institucionales que, a la postre, terminan en los espacios cerrados de lo que denomina “sociedades de discursos” (1980, p. 34).

Foucault examina las formas discursivas del lenguaje tomando en cuenta las redes con otros saberes, los enunciados productivos y los efectos de sentido que propician las prácticas institucionales del saber. Su examen se sitúa lejos del *logos*, así como de las continuidades teleológicas y también de la idealidad de la conciencia humana. Su interés es por

¹ La traducción es mía.

topologías y estructuras que escapan al modelo del sujeto moderno, mas no a la concepción genealógica que lo produce como ficción.

En virtud de las características mencionadas, uno de los dos extremos del lenguaje que reviso se refiere a la constitución de enunciados *anónimos* del *decir*, ya que dicho estatuto es el que permite el discurso de una persona que sostiene una performance verbal. En discusión con un yo personalizado Foucault afirma que todo enunciado apela a un “yo” como persona lingüística, pues se trata de un “yo” conector que ocupa lugares heterogéneos. Los lugares que puede ocupar el *yo* son múltiples: puede comparecer bajo la figura de un yo firmante de una carta, del garante de un contrato, del recopilador o compilador de un libro, el narrador de un texto literario, entre otros. En este sentido, el *yo* aludido no es persona ni fundamento; es *lenguaje*.

La hipótesis que elabora en *El orden del discurso* con respecto a la producción institucional del yo del discurso dice relación con formas de control y de procedimientos que permiten excluir lo que no puede decirse, a la par que incluye reglas que lo neutralicen. El propósito de Foucault es demostrar que el *discurso* es un tipo de *poder* del que la sociedad necesita apoderarse.²

En virtud de lo señalado hasta el momento, cabe advertir que el *lenguaje* adquiere su calidad de lenguaje sólo cuando tiene el poder de ser *repetido* o *actualizado socialmente*. Su poder de *repetición* proviene de lugares legitimados, de la posición que en determinado momento ocupa el

² Antes de su publicación en *El orden del discurso*, este escrito fue una Lección Inaugural, dictada por Foucault en el Collège de France el 2 de diciembre de 1970.

médico que lo emite, el gramático, el escritor, el economista, el profesor, entre otras figuras de poder.

2. Ficciones archivísticas: repeticiones sin conciencia

Muy cerca del estructuralismo, aunque sin querer inscribirse en esta corriente e incluso rechazar esta identificación, el gesto “archivístico” celebrado por Gilles Deleuze en relación a Foucault reside en su forma de apreciación de *corpus* discursivos que no emanan ni de estructuras ni de autores; son discursos sin referencia, reglamentos disciplinarios, mandatos, *a priori* históricos. Deleuze llega a denominarlos “ficciones”, “sueños” o “poemas” (DELEUZE, 1987, p.43-45). En un segundo momento de su pensamiento, más que de *corpus* o *epistemes* que distribuyen lenguajes, Foucault se ocupa de escribir acerca de ciertos núcleos de poder modernos, de las formas de ser ejercido mediante estrategias y tecnologías productoras de subjetividad, alejándose del modelo jurídico-político dominante.

Por otro lado, bien sabemos que Foucault es un pensador que reniega de los comienzos explicativos, del origen metafísico o metahistórico. *Ursprung* es un término usado por Nietzsche para designar un origen esencial. Sabemos, también, hasta qué extremo este concepto forma parte del estilo de crítica que despliega Nietzsche a lo largo de su *Genealogía de la moral*. El malestar de Nietzsche hacia cualquier tipo de “origen milagroso” es ampliamente compartido por Foucault. Nietzsche prefiere usar el término “genealogía” (*Herkunft*), traducido por procedencia acciden-

tal, para oponerse al *Ursprung* de la metafísica, concebido como esencial e idéntico a sí mismo, según desarrolla el mismo Foucault en su escrito de 1971 titulado “Nietzsche, la historia, la genealogía”.³ Sin embargo, a Foucault se le tilda de *archivista* y él acentúa esta palabra autodenominándose “arqueólogo”. Este sería el ejercicio de quien identifica capas o sedimentos que establecen los principios ficcionales, más aún, el fuera de sí de la individuación. De modo semejante a como lo hace Paul Ricoeur posteriormente cuando habla de una “arqueología del sujeto”, si es que cabe compararlos.

Sobre el archivo, consultamos de Jacques Derrida su libro *archivo* en *Mal de archivo*, pues en varios aspectos hay una tensión soterrada entre ambos autores, como bien se sabe. Para Derrida (1997), la palabra *arjé* u *origen* tiene una muy antigua data y designa a la vez un “comienzo” y un “mandato”. Por un lado, apela al principio físico, histórico y ontológico del *comienzo* de las cosas. Por otro lado, al principio *legal del mandato* y del *ordenamiento*. Sin entrar a discutir si en su calidad de *archivista*, *arqueólogo* o *genealogista* Foucault cae en las redes de la metafísica del origen (de la que, por lo demás, nadie puede escapar); es necesario mostrar la diferencia que mantiene Foucault con el metafísico ingenuo.

A Foucault le interesa señalar el instante en que un momento discursivo *se repite* bajo una ley u ordenamiento en el orden del lenguaje. Ese instante tiene una *escena*. Para la metafísica este es el lugar de una ley, un domicilio a veces visible otras invisible, ya que este *lugar* del archivo

3 Este escrito primero formó parte de un homenaje a Jean Hippolite, luego se incluyó en *Microfísica del poder*.

es *arcóntico* y *patriárquico*, dirá Derrida, en la medida en que reúne e instituye un *corpus*. Pero sabemos que Foucault es precisamente quien problematiza la continuidad de una ley o legalidad instituida. Por el contrario, quiere pensar el envés, la “discontinuidad”: es decir, el fracaso del poder del *arjé* patriárquico (para no usar el término patriarcal pues posee un cariz antropológico).

En la medida en que se preocupa de su límite, podría decirse que Foucault es un parricida del principio o principalidad de todo *arjé*. También podría decirse que celebra la aparición de muchos padres o mandatarios que hacen aparecer nuevos discursos.

En la *Arqueología del saber* es recurrente el uso de la palabra *corpus*, entendido como principio institucional o formal. El juego de Foucault consiste en no identificar qué o quién lo habita pues reniega de la posesión de una morada para el *corpus* y, siquiera, de un sujeto. A su vez, desecha que se trate de tipos ideales, de espíritus o una “estructura-devenir”. Más bien se trata de un *laberinto* en el que se pierde la identidad.

Entramos, así, en el espacio de las unidades discursivas con las que Foucault discute; lugares o *topos* sin nombre propio. En suma, *repeticiones* más que identidades. Estos lugares y voces anónimas recuerdan un principio enunciado con cierto temor por Freud y que Derrida despliega en el libro antes citado. Se trata nada menos que de aquella compulsión a la repetición que es la pulsión de muerte. Esta pulsión puede destruir archivos, incluso todo deseo de archivo, y pasar a ser, como señala Derrida, “un mal de archivo”. Tanto para guardar *repeticiones* como para romper

su continuidad, el modo archivístico del que habla Foucault tiene en común con las operaciones archivísticas mencionadas por Derrida a partir de Freud el no pasar por la conciencia. En varias ocasiones a Foucault le interesa recalcar las fuerzas del Otro y/o lo Otro: de la alteridad, la diferencia, la multiplicidad; en un gesto que podría calificarse de antigeheliano, pues rehúye las representaciones de lo idéntico. En el caso del lenguaje, este tiene una potencia vacía que se deja habitar por diferencias, suerte de envolturas en donde las mismas frases, las mismas palabras podrían estar diciendo cosas diferentes. En la esfera del lenguaje todo depende de *dónde* y *cómo* se digan las palabras; es decir, en qué tipo de formato es el que se entinta, en cuál se imprime o se firma.

Sin embargo, el *corpus* o *archivo* aludido no debe entenderse como un *antes apriorístico* de carácter puro. Por el contrario, es *a priori* histórico, entendido como agrupación epocal que no reside en interioridad alguna. En este sentido, dicha concepción tiene la marca del pensamiento acerca de la cultura sustentado por Georges Canguilhem, entendido como ordenamiento, red o código que conforma un tipo de *saber* que antecede el *conocimiento* de las ciencias o a la filosofía. El *a priori* histórico, así entendido, es un conjunto de transformaciones y condiciones que posibilitan lugares de visibilidad y decibilidad casi policiales. Su irrupción vuelve visibles y enunciables a ciertos cuerpos y a ciertos discursos.

3. Gramaticas de la representación de las ideas

De acuerdo a los parámetros archivísticos mencionados, entraré en uno de los discursos o archivos al que Foucault le prestó una atención prioritaria: el *gramatical*. Se trata de un discurso milenario, “casi sin nacimiento”, según señala en *La arqueología del saber*. Sin embargo, esta antigüedad también es puesta en entredicho, ya que podría ser sólo retrospectiva y respetuosa de una dudosa continuidad. En el caso de la gramática, sabemos de los viejos conceptos que articulan al sujeto o sustancia con un predicado. Aunque en este lugar Foucault no menciona a Aristóteles, se sabe de la insistencia del filósofo griego en la partícula *es* como la articuladora de la metafísica del *logos*, cópula lógica y ontológica a la vez. Un orden sintáctico diferente al aristotélico y al uso silogístico del tomismo es el que irrumpe o se produce en la época moderna bajo el nombre de gramática universal. Esta gramática emerge bajo nuevos ordenamientos y es motivada por ciertas desconfianzas al momento de decir algo mediante palabras.

Cabe preguntarse si las nuevas formas de enunciación que cobran legitimidad con la así llamada gramática universal permiten apelar a una gramática unitaria de modo retrospectivo. Según Foucault, el dominio gramatical que surge en los siglos XVII y XVIII articula una teoría de los signos que permitirá la aparición de un análisis de la representación que conduce a la institucionalización de una nueva forma de discursividad. Como indica en *Las palabras y las cosas*, ya en el Renacimiento la es-

critura y las cosas habían dejado de asemejarse, queriendo decir que “la escritura y las cosas” han roto su viejo compromiso de identificación y correspondencia (FOUCAULT, 2002 b, p.54). A diferencia del período anterior, los signos del lenguaje se presentan en su dimensión de “ficción”. A modo de introducción de los primeros síntomas modernos de la aparición del racionalismo de la gramática universal, Foucault leerá en las aventuras de *Don Quijote* el gesto de un repliegue textual. La equivalencia buscada por el Quijote entre la letra del libro y el mundo en el que quiere hacer valer el imperativo de la narrativa caballeresca se vuelve imposible. El personaje “Don Quijote” será caracterizado por Foucault como “un signo errante” pues su delirio se declara cuando el mundo no reconoce las ficciones librescas que encarna.⁴ Una nueva experiencia de lenguaje se anuncia en esta disociación o ruptura, como le gusta decir Foucault. En el momento en que identifica este quiebre en el lenguaje Foucault se prepara para hablar de un inaugural elemento extraño. Como buen arqueólogo, identifica este nuevo corte en la cultura, momento evidente y oscuro que Foucault acoge y describe, pero no explica.

En función del reconocimiento de una nueva positividad discursiva, propiciada por el deseo de un desarrollo infinito, se apresta hablar del siglo XVII. Siglo malamente rotulado de barroco, según dice. Época que, como dije antes, cierra el *momento de la semejanza*, tan presente en los juegos silogísticos de los debates escolásticos. Época, dirá, de los sentidos engañosos, de los conocimientos y lenguajes mezclados que generaban

4 Michel Foucault examina el libro *Don Quijote* en el contexto del advenimiento de la racionalidad moderna que rompe con las similitudes entre letras y cosas.

credulidades, según Descartes y, como dirá Bacon en *Novum Organum*, eran la expresión de los “ídolos del foro”. La *episteme* del racionalismo deja ver la entrada de un orden científico que disuelve los artificios anteriores pues busca representaciones de las cosas claras y distintas. Este período es portador de una visualidad que quiere reconvertirse en lenguaje planificador. En esta nueva dimensión, el lenguaje deja de ser una figura del mundo; se hace parte del saber de la *mathesis*, ciencia universal de la medida y el orden. Se trata de un pensamiento de la extensión, concebido para componer fuerzas a partir del entendimiento.

En el orden gramatical, aparece una sintaxis de la representación, un *orden de las palabras* en la construcción de las frases. En cambio el lenguaje trópico tiene el valor expresivo que le imponen sus figuras. Al apelar a la sensibilidad, el lenguaje trópico u ornamental altera la representación que se dirige como idea al entendimiento. La gramática general se preocupa del funcionamiento del lenguaje para que diga la verdad y se entienda. Como dice Foucault:

Lo que recibe el nombre de lengua universal no es el idioma primitivo, inmaculado y puro que podría restablecer, si se le volvía a encontrar más allá de los castigos del olvido, el entendimiento anterior a Babel. Se trata de una lengua que sería susceptible de dar a cada representación y a cada elemento de cada representación el signo que pudiera marcarlos de una manera inequívoca (FOUCAULT, 2002 b, p.89).

En este sentido, esta gramática apunta al orden relacional de sus segmentos para dirigir al entendimiento en su afán de darle un fundamento racional al conocimiento. Aunque, como señala Foucault en el mismo libro que comento, la gramática general y la ideología de los ideólogos del

siglo XVIII se oponen, tienen en común el considerar que las *verdades* se fundan en *facultades intelectuales*, a distancia de los ordenamientos del *cosmos* o *physis* y de la relación retórica entre palabras bellas, cuyo vínculo aprecia más un bello estilo que la referencia.

En el nuevo esquema, el verbo “ser” más que sustancializador tiene la función de posibilitar relaciones entre ideas denotadas, según exige la *Logique* de Port-Royal para garantizar una articulación lógica y por ende racional.⁵ La *palabra* deja de ser la *memoria* de un *sentido* aprendido y pasa a ser un *vehículo representativo* de verdades que tienden a esquivar la opacidad de presencias, adornos, memorias o figuras trópicas que no posean la condición de ser *ideas unívocas*. En este sentido, el lenguaje no es un acto esencial, es un *suceso discursivo*; movilizado por *partículas* cuyos enlaces permiten al entendimiento captar el sentido. No importa tanto lo que *se dice* como lo que *se quiere designar*. Ante todo, se quiere la *transparencia funcional* ya que se debe “calcular las ideas” mediante el signo. Con este modelo gramatical entramos de lleno en el momento cartesiano. Incluso nos sirve para entender la operación de la meditación moderna que según Foucault es ponerse en la situación de buscar lo indudable. Si bien no es Descartes el que desarrolla esta gramática que permite una mayor transparencia entre verdad y sujeto, la escuela Port-Royal la instituye en su nombre para consignar la universalidad de la lengua y facilitar los discursos de verdad que ya no persuaden como el arte re-

⁵ Es importante aclarar que la propuesta de esta nueva gramática fue formulada por los gramáticos de Port-Royal, quienes relacionan el arte de pensar con el arte de hablar y escribir según un orden secuencial de carácter deductivo. Bajo este orden se puede esperar que la denotación de las ideas sea universal y no sólo válidas para un idioma en particular.

tórico, sino que meditan sobre el acceso al conocimiento mismo. En su estudio sobre Port-Royal, Chomsky rotula su reflexión sobre el lenguaje de “lingüística cartesiana” debido a que Charles Augustin Sainte-Beuve, uno de los célebres comentaristas de la escuela Port-Royal, caracterizó a esta gramática como una “rama del cartesianismo” (CHOMSKY,1969).

4. Crisis de las ideas del entendimiento

El ordenamiento del saber clásico o moderno es sustituido en el siglo XIX por un conjunto de ciencias positivas. Los análisis del lenguaje conservan valores representativos pero se adhieren a procesos, deseos o voluntades que lo vuelven expresivo u histórico. Esta vez, un espíritu del pueblo lo anima. Como dirá Wilhelm von Humboldt, una *energeia*, un murmullo que viene del pueblo más que del sabio. El lenguaje se desliga de la lógica referencial y se liga a parentescos y a procesos de emancipación. Se renuncia a recobrarlo fuera de la historia en la forma de filologías que hacen hablar un discurso profundo. Heidegger comenta la introducción del escrito que publicó Alexander von Humboldt un año después de la muerte de su hermano Wilhelm, titulado “Sobre la diversidad de la construcción del habla humana y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la especie humana”(Berlín 1836). El término *energeia* sería la labor de un Espíritu, quien -más que comunicar- expresa un mundo, según los parámetros del idealismo moderno. En este sentido, el Espíritu “pone” un mundo, lo representa en vistas del desarrollo de la humanidad en su totalidad e individualidad. Para Heidegger, la comprensión del habla

como *energeia* es ajena a la comprensión griega del habla. Puede decirse, entonces, que la nueva metafísica que se hace presente tanto en Humboldt como en Leibniz y en la escuela de Port- Royal, se exhibe en la concepción de una humanidad subjetiva o actividad del sujeto, de la que Heidegger reniega en la medida en que no es el “habla” la que allí “habla”, ya que se la comprende como algo distinta de ella misma (HEIDEGGER, 1987, p.221-225).

Si comparamos con Hispanoamérica, Bello oscila entre su recepción de la racionalidad universalista del lenguaje, según el estilo de la escuela Port-royal, y la concepción *idiomática* o *historicista* de la lengua para levantar la causa republicana de la especificidad de un castellano americano, válido para los “hermanos” de Hispano América, de acuerdo a su deseo de repeler el babelismo reinante y de fundar un orden *fraterno* del continente que posibilite vínculos comerciales sobre la base de un “buen decir”, de cuya vigilancia disciplinaria en la formación del sujeto moderno Bello responsabiliza a los escritores letrados (RAMOS, 2003). No obstante el predominio de este modelo disciplinario, algunos de los seguidores hispanoamericanos del estilo romántico, que permite prestar atención a herencias consideradas ilegítimas, son Sarmiento, Hernández, Martí y más tarde Mistral.

Sin embargo, algunas literaturas desarrolladas en Europa a comienzos del siglo XIX empiezan a erigirse en la impugnación de las filologías universalistas e historicistas. El ejemplo citado por Foucault en este caso es el de Mallarmé, quien huye de las ideas y del sujeto que habla para hacer nacer un espacio propio de las palabras; línea negra trazada

por la tinta sobre el papel. Con Nietzsche, el lenguaje había dejado de ser *representación* y pasaba a ser conducido a sí mismo y a su dispersión. De este modo, dos modalidades de ser del lenguaje (el representativo y el disperso) llegan a confrontarse.

5. Lenguajes de la Dispersión. El Fin del Hombre

Al finalizar *Las palabras y las cosas*, Foucault sigue fiel a su concepción de la discontinuidad. Ese apego motiva el anuncio del *borramiento del hombre*, su salida de la universalidad y del espacio de lo *representable* en el orden del lenguaje. El paradigma de la racionalidad antropológica es menospreciada por Foucault, especialmente por su tendencia a la exclusión del Otro, en nombre de la sobrevivencia de un *cógito*, cuyas categorías resisten a la amenaza de una inminente sin razón del genio maligno, idea que ya está presente en *La historia de la locura*. Sin embargo, el psicoanálisis pondrá en escena una ruptura con la forma empírico-trascendental de la representación. El acto mismo del deseo, la muerte, el conflicto y la ley es el que se busca *hacer hablar* desde el limbo antes repelido, aún sabiendo que se hurta de la significación que comprobaba la rutina de la razón. Ahora es la psicosis (que en la época clásica se mantuvo “muda”) la que hace desarrollar el saber que se reconoce no especulativo porque hace hablar al deseo insensato del que primero se ocupó la poesía romántica. En este sentido, tanto el psicoanálisis como la etnología son ciencias que Foucault cataloga de “contraciencias” (p.368), en la medida que sus epistemologías no cesan de “deshacer” al hombre.

Aún cuando la más fundamental de las *contraciencias* identificadas por Foucault en su libro es la *lingüística* (alude especialmente a De Saussure). Esta ciencia ya no habla del hombre mismo, sino de estructuras en el marco de un sistema de significantes. Así, más que dar explicaciones, las estructuras pasan a ser el *objeto* mismo de las nuevas ciencias.

De este modo, la cuestión del lenguaje en donde era el hombre o la razón del hombre la que hablaba es recusada en el período que reduce el lenguaje a materialidad, azar, grito, muerte y arbitrariedad (Mallarmé, Artaud, Roussel, y Bataille).

De acuerdo al planteamiento de Foucault, el siglo XIX es el momento en que *desaparece el discurso* (en su racionalidad universal) y, con él, *el hombre*. Esta afirmación tan categórica de Foucault no quiere decir que no exista el lenguaje ni los seres humanos; existen -dirá- pero fragmentados, pues han dejado de ser una figura de lo Mismo.

Referências Bibliográficas

CHOMSKY, Noam. La linguistique cartésienne, suivi de La nature formelle du langage, trad. (desde el inglés) Nelcy Delanoë, Editions du seil 1969.

DELEUZE, Gilles. Foucault. Trad. José Vásquez Pérez, Paidós 1987.

DERRIDA, Jacques. Mal de archivo. Trad. Paco Vidarte, Trotta 1997.

FOUCAULT, Michel. Qu'est-ce qu'un auteur? Bulletin de la Société Française de Philosophie 1969.

FOUCAULT, Michel. El orden del discurso. Trad. Alberto González Troyano, Tusquets 1980.

FOUCAULT, Michel. Microfísica del poder. Trad. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Ediciones de La Piqueta 1992.

FOUCAULT, Michel. La hermenéutica del sujeto. Trad. Horacio Pons, Fondo De Cultura Económica 2002 a.

FOUCAULT, Michel. Las palabras y las cosas. Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas, Trad. Elsa Cecilia Frost, Siglo Veintiuno Editores 2002 b.

FOUCAULT, Michel, La arqueología del saber. Trad. Aurelio Garzón del Camino 2005.

HEIDEGGER, Martin. "El Camino al habla" en De camino al habla, Trad. Yves Zimmermann, Odós 1987.

RAMOS, Julio. "Saber decir: lengua y política en Andrés Bello", en Desencuentros de la modernidad en América Latina, Cuarto Propio y Ediciones Callejón 2003.